

D. 18 del tiempo ordinario

1 lectura: **Éxodo 16,2-4.12-15** Yo haré llover pan del cielo.

Los hechos de la liberación del Éxodo son prodigiosos: el Dios de los esclavos vence al faraón y a sus dioses. El paso del mar ha sido la victoria contra las fuerzas del caos: Dios quiere un pueblo de liberados, pero la libertad tiene un precio caro.

El pueblo de Israel en el desierto empieza a murmurar contra los mediadores que Dios les ha dado, Moisés y Aarón. El paso del mar ha dejado al pueblo en el desierto, un lugar de hambre, que inevitablemente llevará a la muerte. Entonces Egipto, el lugar de la esclavitud, es recordado como un lugar de «ollas de carne y pan». El recuerdo de la inmediatez de la comida hace olvidar que el camino del desierto lleva a la libertad y al bienestar.

Lo que realmente sorprende de esta narración es que Israel no es censurado por la cortedad de horizontes que manifiesta, sino que recibe una respuesta inmediata y positiva: recibirán comida de otro lado, porque «Yo haré llover pan del cielo». Quiere decir un pan que tendrá su origen en los almacenes del cielo y no en los del faraón. Dios, ante la carne de Egipto, tierra de esclavitud, proveerá las codornices, y en lugar del pan del faraón los hebreos serán alimentados con pan del cielo. Se trata de un pan desconocido —«¿qué es esto?»—; Moisés, el mediador tiene que desvelar su sentido: «Es el pan que el Señor os da de comer».

2 lectura: **Efesios 4,17.20-24** Vestíos de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios.

La carta a los Efesios nos sitúa en una sección que hablará de la vida nueva en Cristo. La temática eclesial de que ha hablado hasta ahora deja paso a una serie de exhortaciones diversas relativas al comportamiento individual. El apóstol habla literalmente de «no andar» como los gentiles, es decir, que la condición cristiana ha de llevar a una conducta nueva, que hay que contraponer a la conducta pasada, la que tenían cuando aún no conocían a Cristo. Ahora habéis aprendido cómo

«es la verdad en Cristo Jesús»: no se trata de una obra concreta sino de la acogida de toda su persona, que ha de haber sido predicada por la comunidad cristiana. La experiencia cristiana pide conocer a Cristo y seguir a Jesús de Nazaret en sus elecciones y en sus reacciones. Entonces la relación existencial con él provoca en las personas creyentes una novedad impensada: hace posible dejar atrás la conducta seguida en el pasado y poder seguir una conducta nueva. Pablo usa la me-

táfora del vestido antiguo. Hay que desprenderse de él para poder revestirse de una conducta nueva, original, de hombre nuevo, que se fundamenta

en un acto creativo de Dios: «Vestiros de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios».

3lectura: Juan 6,24-35

El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará sed.

El capítulo 6 del evangelio según Juan, después de la narración de la alimentación de la multitud y de la reacción de la gente que querían proclamarlo rey, que provocó que Jesús se retirase él solo a la montaña, nos presenta este diálogo que constituye el evangelio de hoy.

En Juan, las palabras contienen una alta densidad. Aquí vemos, después de la multiplicación de los panes, que «pan» cobra un significado simbólico que culminará en la afirmación de Jesús del final de nuestro texto: «Yo soy el pan de vida».

La narración gira alrededor de tres cuestiones que la multitud formula a Jesús y que él responde en una dimensión de profundidad desconocida por los que le formulan las preguntas. La primera es: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?». Jesús se ha retirado y el gentío lo ha perseguido con obstinación. Finalmente lo han encontrado en Cafarnaún. La respuesta de Jesús es que lo buscan por una razón equivocada: «Comisteis pan hasta saciaros». Jesús los invita a trabajar «por el alimento que perdura para la vida eterna». Jesús sabe que la gente ha de comer –por esto ha dado alimen-

to a cinco mil personas–, pero también sabe que la vida es más que comida. La gente, sin embargo, no consigue entender quién es Jesús.

Aquí nos acercamos al corazón del mensaje del evangelio según Juan: los signos de Jesús son hechos extraordinarios que rectifican las situaciones de gente necesitada –enfermos, hambrientos, muertos–, pero esto solo no significa nada si no percibimos que son signos que apuntan al don eterno de Dios en Jesús.

La preocupación de la gente por los beneficios inmediatos les ha privado de ver lo que realmente importa, porque es la única realidad que lo llena todo de sentido: la vida que Dios ha dado por Jesús, que es una cosa distinta del alimento que da el trigo de la tierra e incluso supera hasta lo inimaginable el maná del desierto, que Dios había dado por mediación de Moisés. Aquí la gente está en presencia de una realidad nueva que es don de Dios: «Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Y tiene un nombre propio: es Jesús.

JOAN FERRER

D. 19 del tiempo ordinario

1 lectura: 1 Reyes 19,4-8

Con la fuerza de aquel alimento, caminó hasta el monte de Dios.

El leccionario nos ofrece como primera lectura un fragmento de la huida de Elías, el campeón del Dios de Israel ante la idolatría de los Baales, hasta el Horeb, el monte de Dios, que en la tradición del Éxodo es conocido con el nombre de Sináí.

Para entender el fragmento de hoy hay que situarse en un contexto más amplio: Elías ha de huir de la persecución de la reina Jezabel, una fenicia adoradora de Baal, dios cananeo. Esta huida es significativa: ha de deshacer el camino que del Éxodo llevó a la tierra Prometida para volver a las fuentes de la alianza, a la montaña donde Dios se manifestó a los hijos de Israel.

Por el camino, Elías se queda sin fuerza física ni moral, y pide la muerte a Dios: «¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!» Pero Dios tiene otros planes para la vida de su profeta. Un mensajero –un «ángel»– le da alimento y le dice; «¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas». El alimento le da la fuerza necesaria para hacer el camino de cuarenta días y cuarenta noches –recordemos que Israel había tardado cuarenta años para hacer el camino inverso–. Finalmente llega al monte de Dios y allí, en la continuación del episodio, el mismo Señor se le manifestó. El camino de los hombres hacia Dios es un camino largo y arduo.

2 lectura: Efesios 4,30–5,2

Vivid en el amor como Cristo.

El pasaje precedente de la carta a los Efesios exhorta a vivir según una nueva manera, que han recibido como don de Dios en Jesucristo. Este clamor elocuente y poderoso puede suscitar, no obstante, algunas cuestiones: esto concretamente, ¿qué significa? ¿A qué se asemeja esta nueva vida? ¿Cómo puedo saber si realmente vivo de esta manera?

El autor de la carta intenta dar respuesta a estas preguntas latentes. Se trata de intentar dibujar la vida cristiana de forma concreta y que se pueda entender. Así habla de: «Desterrad de voso-

tros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda la maldad. Sed buenos comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo». Se trata de una exhortación ética que tiene como novedad el hecho que la motiva: los cristianos han sido marcados por el Espíritu Santo que los ha constituido como miembros de un mismo cuerpo, de manera que todo lo que es negativo debe desaparecer de la vida cristiana, porque ninguna parte del cuerpo puede actuar de manera incorrecta contra otra parte del mismo cuerpo. La marca del Espíritu garantiza

la redención final de los creyentes.

Al final, toda motivación en la ética cristiana viene dada por el mismo comportamiento de Dios: «Sed imitadores de Dios». En las otras cartas, Pablo suele urgir a las comunidades cristianas a imitar a Cristo o bien a Pablo, tal como él imita a Cristo. Aquí resulta sorprendente esta exhortación a imitar al Padre. En realidad, la referencia fi-

nal de nuestro pasaje evoca el carácter particular del amor de Dios para con la humanidad, un amor que se manifiesta claramente en la muerte sacrificial de Cristo. La acción de Dios en Jesucristo pide unos comportamientos concretos de las personas, pero con la exigencia ética va el don, que es la marca del Espíritu, el perdón de Dios y el amor de Cristo.

3lectura: Juan 6,41-51

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.

Después de la afirmación solemne de Juan 6,35: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed», el evangelio nos ofrece este pasaje, que es un nuevo diálogo que ahonda en la enseñanza.

En el fragmento evangélico que leíamos la semana pasada los interlocutores de Jesús eran las multitudes. Aquí el diálogo se produce con los judíos. ¿Cuáles son las implicaciones de la afirmación poderosa de Jesús sobre el pan de vida?

Hay una primera clarificación que es importante: Jesús es «el pan vivo que ha bajado del cielo». Pese a que la imagen del pan pertenece a la vida de cada día, Jesús es único. Ni se le puede comparar con el maná milagroso que alimentó a los israelitas durante su período en el desierto. Todos los que comieron el maná murieron; el alimento solo duraba un día; pero como pan bajado del cielo Jesús da la vida del tiempo futuro, «para que el hombre coma de él y no

muera». Este pan del cielo satisface el hambre humana ahora y en el futuro.

Las autoridades religiosas –«los judíos»– murmuran, como murmuraron en el desierto en tiempos de Moisés. La cuestión es: ¿cómo puede ser que una persona de familia bien conocida diga que es de Dios? Esta gente no puede entender nada porque juzgan con sabiduría humana una afirmación divina. Lo que los judíos saben (o piensan saber) les aparta del único conocimiento que realmente tiene importancia. Toda la evidencia histórica del mundo y la lógica más persuasiva no es suficiente; solo la acción de Dios suscita la fe: «Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado».

El pan bajado del cielo se identifica con la «carne»: es un pan de origen celestial que tiene su expresión específica e histórica en Jesús crucificado. El alimento propuesto por Jesús, pues, tiene un precio muy caro: incluye el coste de dar la vida para procurar la vida.

Asunción de María

1 lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10 Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal.

Apocalipsis 11,19–12,18 narra en lenguaje altamente simbólico la inauguración del Reino de Cristo proclamado en 11,15. En el cielo se producen tres apariciones: el arca de la alianza –símbolo de la presencia de Dios–, una mujer y un gran dragón. Estos dos últimos son un presagio. El nombre genérico de mujer y los dolores de parto remiten a la maldición de los orígenes de la humanidad (Génesis 3,16); ella se encontrará también con la serpiente, pero saldrá indemne. En el Antiguo Testamento, la mujer encinta personifica a Israel, Sión, en la angustia. Los sufrimientos de alumbramiento simbolizan la prueba que precede la era mesiánica. La mujer representa, pues, en el Apocalipsis, la humanidad fiel, el pueblo de Dios escatológico. Fue identificada con María solo con el desarrollo de la piedad mariana en época tardía (siglos IV-V después de Cristo).

El dragón es el adversario de todos los que están unidos al Dios vivo. Precipita al suelo las estrellas –ángeles, en el simbolismo apocalíptico– y trastorna el

cosmos. El dragón intenta devorar al niño de la mujer. Las alusiones al texto de Isaías 7,14 y al salmo 2,9 señalan que el niño es el Mesías, que es arrebatado hacia Dios: se trata del acontecimiento pascual. Cristo es separado con violencia del pueblo de Dios y entronizado en el cielo. La inauguración de su Reino celebrada en 11,15 no ha de venir, porque ya ha ocurrido en la Pascua. Esta es la convicción más profunda que fundamenta la esperanza de este libro sorprendente. El niño representa también a toda persona cristiana fiel, que unida a Cristo escapa de la acometida del dragón y participará de la realeza de Cristo. La huida de la mujer al desierto, donde recibe un alimento providencial durante 1260 días, define la condición del pueblo de Dios después de la Pascua como un nuevo éxodo. La mujer vive a distancia de Dios, pero Dios vela por ella. El himno celestial que Juan escucha (12,10-12) da el sentido de los acontecimientos: la victoria los cristianos la han obtenido por la muerte del Cordero-Cristo.

2 lectura: 1 Corintios 15,20-27a Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo.

En la primera parte de su primera carta a los Corintios, Pablo proclamaba como gran novedad de su predicación que la sabiduría eterna y salvadora de Dios ha tomado carne y se ha hecho realidad humana en Cristo. La atención

se centró en Cristo crucificado: la cruz como fuente de salvación ocupaba el centro de la escena. Ahora, sin embargo, el apóstol enfoca su atención hacia la resurrección del Señor. Cristo muerto en la cruz ha resucitado y ahora arras-

tra tras él a toda la humanidad solidaria con él.

Pablo proclama su fe y su esperanza: «Cristo resucitó de entre los muertos». Él ha resucitado pero esto no es un caso insólito y excepcional, sino que él es el primero. La palabra no tiene un simple valor cronológico, sino que indica que Cristo es el principio activo de la resurrección de los demás; el primogénito

de los que triunfan de la muerte. Cristo ha sido constituido por Dios principio de la nueva humanidad, y su resurrección tiene una fuerza imparable.

Todo lo que pertenecía al orden antiguo del mundo –«principado, poder y fuerza» y la misma Muerte– será aniquilado, y el Hijo lo entregará todo al Padre, como culminación de lo que ha empezado en la resurrección del Hijo.

3lectura: Lucas 1,39-56

El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes.

El episodio de la visita de María a Isabel va seguido del «Magnificat» –esta es la primera palabra del canto en la versión latina de san Jerónimo– que es el primero de los cuatro himnos que hay en el evangelio de la infancia de Jesús. Los otros son el cántico de Zacarías (el «Benedictus»), el canto de los ángeles (el «Gloria»); i el cántico de Simeón (el «Nunc dimittis»).

El saludo de María provoca una reacción en cadena: el niño salta dentro del vientre de Isabel, la cual, llena del Espíritu Santo, entona una alabanza para bendecir a María y al niño que ella lleva. El hecho de que haya percibido que el niño saltaba de alegría ha sido interpretado como signo de que ella, Isabel, estaba ante la madre de su Señor. De alguna manera ratifica lo que había anunciado el ángel Gabriel y reconoce la fe de María. El cántico de María es la reacción de la madre del Señor al saludo de Isabel. Es un poema compuesto de textos del Antiguo Testamento,

sobre el fondo del canto de Ana, la madre de Samuel (1Sam 2,1-10). Hay alusiones al Génesis, al Deuteronomio, al Eclesiástico, a Isaías, Habacuc, Malaquías, Job, Ezequiel y, sobre todo, a los salmos.

Está construido a partir de un juego de contrastes: *humillación-exaltación*. María habla de la grandeza de Dios: es poderoso porque ha hecho por ella cosas grandes; su brazo es potente –es una referencia a la narración de la salida de Egipto– e invierte los valores humanos: los soberbios son dispersados, los poderosos, destronados; los ricos, despojados. Por contraste, los humildes son enaltecidos y los hambrientos son saciados. María confiesa a Dios como su salvador. El texto dice literalmente en griego: «Ha hecho el poder con su brazo». María, la mujer humilde, portadora del plan salvador de Dios, nos dice desde la fe más profunda que Dios ya ha actuado.

JOAN FERRER

D. 20 del tiempo ordinario

1 lectura: Proverbios 9,1-6

Comed de mi pan y bebed el vino que he mezclado.

El libro de los Proverbios es una colección de dichos que nos hacen una oferta de sensatez: se trata de aprovechar aquella enseñanza que los pueblos han acumulado a lo largo de los siglos. Los proverbios son sentencias breves que contienen una punta de aquella sabiduría que tiene su origen en Dios, y que ha pasado a formar parte del patrimonio de los pueblos en formas culturales muy diversas.

El fragmento que leemos hoy nos presenta la sabiduría como una gran dama que ha construido un palacio y que se

dispone a ofrecer sus bienes más preciados a todos. La proclama-invitación está hecha desde los puntos que dominan la ciudad. Todo aquel que tiene necesidad de este saber y de esta sensatez imprescindibles para la vida está invitado. La sabiduría ofrece pan y vino. En la historia del plan salvífico de Dios, Jesús, la sabiduría encarnada de Dios, también ofrecerá a Dios y repartirá entre las personas pan y vino.

«El camino de la prudencia» que hace vivir solo puede ser el conocimiento de Dios, señor de la vida.

2 lectura: Efesios 5,15-20

Daos cuenta de lo que el Señor quiere.

Este fragmento de la carta a los Efesios continúa la enseñanza sobre la nueva realidad de vida ofrecida a los cristianos. El texto presenta tres contrastes fuertes: «No seáis insensatos»; «No estéis aturdidos»; «No os emborrachéis con vino». En contraposición con estos hechos negativos, el autor de nuestra carta puede poner énfasis en los rasgos contrarios que han de definir el estilo de vida deseado para los cristianos.

El primer contraste nos sitúa en la alternativa de vivir sabiamente –«sensatos»– o sin sabiduría. La advertencia forma parte de la tradición sapiencial judía donde la sabiduría no significa tanto la adquisición de conocimiento intelectual como la orientación de las

personas a los valores que Dios ama: guardar los mandamientos de Dios y buscar aquello que hace la vida pacífica y armoniosa según la sabiduría que viene de Dios.

El segundo contraste habla de procurar darse «cuenta de lo que el Señor quiere»; esto es lo contrario de la necesidad –«no estéis aturdidos»–; en la tradición filosófica del siglo I, lo opuesto a la necedad sería el autodomínio, la disciplina y la independencia de espíritu y de voluntad; para los cristianos, en cambio, la sabiduría que se opone a la locura no es la propia sabiduría, sino aquello que proviene del hecho de haber entendido la voluntad de Dios.

El tercer contraste, que opone el vino

que lleva al libertinaje y el Espíritu Santo, presenta una nueva perspectiva de lo que es la locura humana que se contrapone a la sabiduría divina. Debemos recordar que algunas tradiciones religiosas antiguas valoraban el alcohol como ayuda para obtener experiencias de éxtasis. Para los cristianos, solo el Espíritu de Dios produce un éxtasis verdadero.

3lectura: Juan 6,51-58

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

Después de haber dado alimento a cinco mil personas, el texto de Juan 6 va ahondando en determinados conceptos: «Pan vivo, bajado del cielo», «Comer la carne del Hijo del hombre y beber su sangre», «Vivir para siempre». El discurso avanza de manera sutil.

Al comienzo del fragmento que proclamamos hoy Jesús dice: «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». La alusión a la cruz es muy clara. La vida eterna no se puede producir sin la muerte, que tiene un sentido profundamente salvífico. Las autoridades judías no son capaces de entender nada: les parece que Jesús habla de canibalismo. La réplica solemne de Jesús –«Os aseguro que si no coméis»– aún va más allá porque añade «y no bebéis su sangre». Estas metáforas tan poderosas tanto pueden ser referencias sa-

En el fragmento final el autor anima a cantar y tocar «con toda el alma para el Señor, dando siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo»: es una manifestación del hecho de vivir de acuerdo con la sabiduría de Dios. Este es un antídoto poderoso contra la insensatez del mundo.

cramentales (eucarísticas) como formas de expresar el hecho de vivir en Cristo.

Señalemos que la alusión a la muerte de Jesús expresada por la referencia a su carne une el don de la vida a una figura histórica concreta. La vida eterna no es un fenómeno universal espiritual que se realiza sin más ni más, sino que en el corazón de la fe cristiana está la «carne» de Jesús entregada para la vida del mundo, y los creyentes han de compartir esta muerte: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros».

Observemos también que los verbos dominantes hoy en el evangelio son «comer» y «beber» y no «creer». La participación en el sacramento lleva a la persona creyente a la vida misma de Jesús.

JOAN FERRER

D. 21 del tiempo ordinario

1 lectura: Josué 24,1-2a.15-17.18b

Nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!

Los fragmentos del libro de Josué que leemos hoy nos sitúan en un momento nuevo de la historia del pueblo de Israel. Dios ha liberado al pueblo de la esclavitud de Egipto; les ha dado a Moisés como guía, que al mismo tiempo ha hecho siempre de mediador entre Dios y su pueblo; él ha entregado la Ley al pueblo, que es un don que Dios ha hecho a este pueblo que considera su posesión más preciada entre todos los pueblos de la tierra. El pueblo ha vivido por el espacio de toda una generación en el desierto, que ha sido también lugar de conflicto y tentación. Moisés murió a la vista de la Tierra Prometida, aunque no la llegó a pisar. Josué, su sucesor, dirigió al pueblo para que se

estableciese en la tierra que Dios había prometido dar a los sucesores de Abraham. Ahora que el establecimiento ya ha acabado, Josué reúne a las tribus de Israel y les pide que decidan a qué dios quieren adorar: a los dioses antiguos de las tierras del río Éufrates, o bien a los tradicionales dioses de esta nueva tierra. Josué advierte, no obstante, que él y los suyos adorarán solo al Señor.

La respuesta del pueblo es que quieren continuar siendo fieles al Dios de la libertad: el que los hizo subir de Egipto y guardó por dondequiera que fueron.

El Señor es un Dios de personas libres, a las que les da a elegir incluso si lo quieren adorar o no.

2 lectura: Efesios 5,21-32

Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

El lenguaje de este fragmento de la carta a los Efesios que reflexiona sobre el matrimonio cristiano necesariamente nos ha de sorprender: el autor vive en un contexto social y cultural en el que las mujeres apenas eran consideradas. El mensaje, sin embargo, es de una sutileza completamente revolucionaria. Las esposas se han de someter a los maridos «como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo». Es decir, toda la vida cristiana tiene sentido en tanto que todo el mundo vive sometido a Cristo. La voluntad que hay que cumplir, pues,

es la de Cristo.

Los maridos han de actuar movidos por el amor para con las esposas. El modelo de amor perfecto es el de Cristo, que ha entregado la vida por amor.

El fragmento pasa de las consideraciones sobre el esposo y la esposa cristianos al modelo perfecto de la relación entre Cristo y la Iglesia. La esposa-Iglesia tiene una belleza ideal porque ha sido purificada por Cristo en el baño bautismal y en la Palabra de Dios.

La cita final del libro del Génesis recuerda la voluntad originaria de Dios que se

manifiesta en el hecho de que el hombre y la mujer formen una familia, que

ha de ser un proyecto de futuro y de sentido para la vida.

3lectura: Juan 60-69

¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.

¿Cómo es que hay personas que creen y aceptan el Evangelio, mientras que otras no quieren participar de él? El evangelio de hoy —el último de los cinco domingos en que el evangelio de Juan ha sustituido al de Marcos— se centra en la respuesta de los discípulos a la difícil enseñanza de Jesús. Pone también de manifiesto la división que se ha producido entre los que creen y los que rechazan caminar con él. Señalemos que el conflicto se produce entre los discípulos y no entre estos y las autoridades religiosas judías.

Los discípulos constatan que a veces el lenguaje es excesivamente difícil: les ha hablado de comer su carne y de beber su sangre. En realidad, sin embargo, la razón verdadera no ha sido este lenguaje altamente simbólico sino la aceptación del hecho de que es necesario participar de su muerte como camino que lleva a la vida definitiva.

«Comer» y «beber» son metáforas que se refieren a compartir el destino de Jesús, aunque las palabras son realmente duras. Recordemos que los otros evangelios lo formulan diciendo que es necesario tomar la cruz y seguir a Jesús, y que Pablo habla de la locura de predicar a Cristo crucificado. La invitación cristiana contiene una demanda difícil.

Jesús crucificado no es una figura simbólica, sino que «creer en él» y «cono-

cerlo» exige la participación en su muerte como medio para compartir su vida.

Es el Espíritu quien hace posible que los discípulos acepten las palabras de Jesús. Él les da la visión para percibir el sentido de su enseñanza: el único camino que lleva a la vida es a través de la muerte de Jesús. Cuando dice que «la carne no sirve de nada» no significa que degrade la carne, porque la salvación de Dios se realiza precisamente en el mundo de la carne y en ningún otro lugar. Recordemos que la Palabra se hizo carne (Juan 1,14); que «el pan que yo voy a dar es mi carne, entregada para que el mundo tenga vida» (Juan 6,51) y que es necesario comer la carne del Hijo del hombre para poder vivir (Juan 6,53). Lo que el texto significa es que una perspectiva puramente humana no puede encontrar sentido al mensaje de Jesús. Solo por el hecho de que el Espíritu es activo —enseña y testifica mediante Jesús y lleva a los discípulos a la verdad— una comprensión real es posible.

La increencia también es una realidad entre los discípulos de Jesús, pero él sigue los planes establecidos por el Padre.

La confesión final de Pedro que dice que solo Jesús tiene palabras de vida eterna ha de ser entendida como un don maravilloso de Dios que ha concedido la gracia de creer.

JOAN FERRER

D. 22 del tiempo ordinario

1 lectura: Deuteronomio 4,1-2.6-8

No añadáis nada a lo que os mando..., así cumpliréis los preceptos.

El libro del Deuteronomio se presenta como los discursos de despedida de Moisés al pueblo de Israel a la vista de la Tierra Prometida, pero antes de entrar en ella. El gran legislador hace un sumario de la historia y de las leyes del pueblo de Dios.

El Deuteronomio es el gran prólogo teológico de los libros de la historia que vienen a continuación (de Josué hasta Reyes). La idea está muy clara: Israel, ahora, recibirá la Tierra Prometida a Abrahán y a los patriarcas. Esta tierra es un don gratuito, aunque hay unas con-

diciones que habrá que cumplir para poder permanecer en ella: son estos mandamientos que el Señor ha dado. No se pueden alterar. Para todas las generaciones que vendrán la condición para entrar en la tierra y permanecer en ella es la enseñanza que Moisés ha dado. Y estos mandamientos son una realidad evidente a los ojos de todos los pueblos porque proponen una sociedad «diferente»: «Un pueblo sabio e inteligente». Los mandamientos son una ética sabia y eficaz, que hace que el pueblo que los sigue sea justo.

2 lectura: Santiago 1,17-18.21b-22.27

Llebad a la práctica la palabra.

Este fragmento de la carta de Santiago no se propone articular las implicaciones teológicas del evangelio –de hecho Jesús no sale citado– sino clarificar lo que significa para los cristianos vivir con el evangelio. Para ello, el autor ahonda en diversas fuentes tradicionales para la guía ética y cita una gran cantidad de temas. El resultado se parece mucho a la literatura sapiencial judía. El tema de «con la palabra de la verdad, nos engendró» se parece a Juan 3,1-10, el lenguaje de «la primicia» es usado por Pablo en referencia a la resurrección del Señor (1 Corintios 15,20). El imperativo de cuidar de huérfanos y viudas recuerda los imperativos proféticos.

El fragmento comienza indicando que

las cosas buenas (y no las malas tentaciones) vienen de Dios y podemos tener confianza en que él continuará actuando en favor de la creación porque en él «no hay fases ni períodos de sombra».

Seguidamente incluye el contraste entre escuchar la palabra y realizarla. El consejo es muy claro: «Llebadla a la práctica y no os limitéis a escucharla, engañándoos a vosotros mismos». El final nos sitúa dentro del imperativo profético de cuidar de los necesitados.

El autor de la carta de Santiago está profundamente preocupado por la integridad de la vida cristiana: ¿qué es lo que hace que la experiencia cristiana sea una realidad total? ¿Qué es lo que identifica la vida cristiana? ¿Cómo

la fe y la acción pueden constituir una unidad? Sus respuestas son de una pro-

funda y auténtica sabiduría cristiana.

3lectura: Marcos 7,1-8a.14-15.21-23

Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición.

Después de haber pasado cinco dominos con el evangelio según Juan, hoy volvemos a Marcos, que es el evangelio principal del año B. El fragmento ha sido a menudo mal entendido debido a la visión tan negativa que presenta de los fariseos. En apariencia son unos legalistas mezquinos y arrogantes. Vistos así pierde fuerza el desafío de Jesús, que supone una manera nueva de estructurar la vida.

El contexto en que se encuentra este pasaje es muy interesante: está situado entre las dos alimentaciones de las multitudes y a continuación de un sumario sobre las curaciones de Jesús junto al lago. La sección presenta una amonestación muy fuerte provocada por la cuestión de lavarse ritualmente las manos antes de comer. El pasaje contrasta mucho con la historia de la mujer sirfenicia que pedía solo las migajas y consigue la curación de su hija; y la historia del sordo que apenas podía hablar, que vivía en la zona pagana de la Decápolis. Estos que ignoraban las leyes han experimentado la gracia que Dios da por Jesús.

Hemos de señalar que la cuestión formulada por los fariseos es aparentemente sincera. La pureza ritual es un factor esencial de la manera farisea de comprender la fe judía; es una manera de remarcar la identidad judía en un mundo predominantemente politeísta.

Los fariseos pensaban que esta norma, que originariamente era para los sacerdotes del templo, había de ser seguida por todo el pueblo judío, llamado a ser una nación santa. Esto no era una trivialidad sino una manera de comprender seriamente la Ley de Dios. ¿Por qué, pues, los discípulos de Jesús dejan al margen esta preocupación por la santidad, tan característicamente judía?

La respuesta de Jesús contiene un ataque a la noción de que la Ley de Dios tenga que ser protegida por la tradición de los antiguos. La cita de Isaías 29,13 carga contra los fariseos que usan la tradición como subterfugio para abandonar algunos mandamientos de Dios.

La segunda respuesta de Jesús es mucho más profunda: «Lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre». Toda la noción de pureza ritual o de santidad basada en las leyes sobre los alimentos es aplastada con una sola frase. Lo que importa es el corazón, sede de la voluntad, donde se toman las decisiones que afectan a las personas con que vivimos. Jesús advierte que el pecado brota del corazón y que conduce a hechos destructivos como la fornicación, el robo o el asesinato. La falta de santidad no proviene del código cultural sino de los malos actos que salen de las malas intenciones.

JOAN FERRER

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

**Desde el domingo XVIII hasta el domingo XXVII
del tiempo ordinario, ciclo B**

Del 4 de agosto al 6 de octubre de 2024

Ciclo B

D. 23 del tiempo ordinario

1 lectura: Isaías 35,4-7a

Los oídos del sordo se abrirán, la lengua del mudo cantará.

El fragmento que nos ofrece la liturgia de hoy pertenece al último capítulo de la profecía del primer Isaías. El profeta habla a personas alarmadas y desanimadas. El mensaje que les dirige es «no temáis». El pueblo de Israel ha perdido la capacidad de vivir según lo que Dios les ha otorgado. La voz profética anuncia una buena nueva: la novedad de Dios.

Dios hace saber que será de nuevo visible, activo, decisivo y que estará al alcance: «Viene en persona, resarcirá y os salvará». El Señor volverá a hacerse presente en la realidad de manera sobe-

rana, la reordenará y restaurará la vida: «Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán; saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará».

Aquí nos es preciso recordar lo que afirma Lucas, el evangelista: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Lc 7,22). En el ministerio de Jesús, la salvación de Dios que Isaías había prometido ya es una realidad.

2 lectura: Santiago 2,1-5

¿No ha elegido Dios a los pobres para hacerlos herederos del reino?

¿Cuáles son las convicciones o estilos de vida apropiados a la fe? ¿Ser cristiano significa algo más que ser «majo»?

La carta de Santiago es un texto muy singular del Nuevo Testamento que insiste en el hecho de que la fe no puede ser compatible con determinados comportamientos o actitudes. El pasaje que leemos hoy reflexiona sobre la incompatibilidad que hay entre la fe y lo que quizás podríamos llamar «favoritismo».

«No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo»: la fe en Jesús no puede ser compatible con actos de favoritismo. Y seguidamente el autor explica qué entiende por favoritismo. El ejemplo se sitúa en una reu-

nión de cristianos –hay que pensar que el objetivo del encuentro es dar culto a Dios– donde alguien indica a las personas congregadas dónde pueden o deben sentarse. Cualquier práctica que tiende a favorecer al rico y a hablar mal del pobre es inaceptable. La razón es teológica: «¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino?» Recordemos qué dicen las bienaventuranzas: «Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6,20); y Pablo: «Fijaos en vuestra asamblea, hermanos, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas (1Cor 1,26).

3lectura: Marcos 7,31-37

Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

A nosotros nos es muy difícil imaginar las luchas que tuvo que pasar la Iglesia de los orígenes para abrir de par en par las puertas a los no judíos. Jesús y los primeros discípulos eran judíos, y las raíces primeras de la Iglesia estaban en las sinagogas; llegar a ser una Iglesia ecuménica –universal– fue un camino costoso.

Después de la discusión con los fariseos sobre leyes de pureza que afectaban a los alimentos, Marcos nos presenta dos historias en que Jesús cura dos personas no judías: la de la hija de la mujer sirofenicia y la del sordo que apenas sabía hablar, que es el pasaje que proclamamos hoy. Estas narraciones sirven para declarar, sin ninguna clase de equívoco, que el reino de Dios no se limita al Israel histórico. Las obras poderosas que atestiguan el poder divino ocurren tanto a los judíos como a los paganos.

La narración se sitúa en el ámbito predominantemente gentil de la Decápolis. La breve narración nos describe la

condición penosa del hombre antes de la intervención de Jesús, los diversos pasos que sigue el Señor y la restauración del oído y del habla del hombre. Todo ello afirma el poder divino sobre las discapacidades humanas.

La presencia del Reino dinámico de Dios actúa en Jesús: uno que no podía hablar claramente porque no oía, ahora oye y habla.

La gente innominada tiene un papel singular en la narración. Son ellos los que llevan el sordo a Jesús, y después de la curación no guardan la prohibición que han recibido: «Él les mandó que no lo dijeran a nadie». De hecho, esta orden no era apropiada: ¿cómo se puede guardar una noticia como esta? La gente no puede guardar silencio sobre las buenas nuevas maravillosas que Dios realiza en Jesús. El veredicto de la multitud sobre Jesús es que «Todo lo ha hecho bien». Aquí esta gente es modelo de la Iglesia en la medida en que, estupefactos, esparcen la Palabra con fervor.

JOAN FERRER

D. 24 del tiempo ordinario

1 lectura: Isaías 50,5-9a

Ofrecí la espalda a quienes me apaleaban.

Escuchamos la voz del Siervo que habla de un trastorno profundo —«ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba»— y expresa una profunda confianza. No se nos dice ni quién es, ni la razón de su angustia. Los siervos de Dios suelen tener la vida en peligro porque la verdad de Dios a menudo no concuerda con la manera como los hombres entienden la realidad. La Iglesia siempre ha visto en este Siervo la figura de Jesús: su conflicto acabará llevándolo al sufrimiento y a la muerte. Pero en estas

circunstancias él sigue siendo el Siervo confiado, fiel y obediente.

Todo lo que se dice en el fragmento profético sobre el Siervo está centrado en Dios: su particular ministerio le es confiado por Dios —«El Señor me ha abierto el oído»— y sabe que Dios está con él —«sabiendo que no quedaré defraudado»—.

El Siervo es fiel a Dios, por eso él sufrirá hostilidad, pero tiene la certeza absoluta de que «el Señor me ayuda, ¿quién me condenará?».

2 lectura: Santiago 2,14-18

La fe, si no tiene obras, está muerta.

La carta de Santiago es un texto muy poco conocido. Los puntos en los que se centra parecen estar en las antípodas del pensamiento de Pablo, pero la experiencia de fe que nos manifiesta el conjunto del Nuevo Testamento es una sinfonía, que solo se puede entender como una profunda armonía de voces y sonidos en que cada escrito tiene su registro, que se integra en un conjunto de rara belleza y perfección.

El pasaje de hoy reflexiona sobre la incompatibilidad entre fe e indiferencia. El texto habla sobre la necesidad de obras como parte de la fe. En el pensamiento del autor, el hecho de desatender las obras de ayuda proviene de la indiferencia para con las necesidades humanas.

El pasaje constata el principio de que la fe y las obras no se pueden separar. «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras?». El ejemplo que hallamos a continuación explica que la fe sola no asegura el bienestar de los que se encuentran en necesidad: se precisan acciones concretas y no bendiciones piadosas.

Siempre se ha hecho notar el énfasis de la carta de Santiago en las obras como prueba de la fe que asegura la salvación. Hay que señalar que este texto no nos sitúa en un algoritmo que nos dé las variantes a través de las cuales la salvación es obtenida o la fe es aprobada. El texto, en cambio, se dirige a comportamientos que tienen asumido

que la fe puede existir al lado de la indiferencia a las necesidades humanas. La experiencia cristiana de Dios, sin embargo, sabe que la fe –siempre y en

todas partes– se encuentra con los que tenemos cerca, aunque responde a un previo encuentro con Dios.

3lectura: Marcos 8,27-35

Tú eres el Mesías... El Hijo del hombre tiene que padecer mucho.

El texto que hoy nos ofrece el leccionario tiene mucha importancia porque ocupa un lugar capital en la estructura del evangelio según Marcos, y porque suscita a los creyentes muchas cuestiones sobre qué significa realmente confesar a Jesús.

El texto empieza de manera insólita preguntando por la opinión de la gente sobre Jesús. Después la cuestión pasa a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». La predicción subsiguiente de Jesús: sufrimiento, rechazo, muerte y resurrección afina con precisión la clase de Mesías que Jesús es. La objeción de Pedro indica que Jesús ha traspasado los límites imaginables. Finalmente, la consideración sobre negarse a sí mismo, cargar la cruz y perder la vida clarifica el estilo de vida al que los que confiesan a Jesús están llamados. Lo que empezó como una pregunta aparentemente inofensiva acaba con una descripción radical y desafiante de la vida cristiana.

En el contexto de Marcos, la escena de Cesarea de Felipe adquiere mucho sentido. A lo largo de los siete primeros capítulos la narración del evangelio se ha centrado en la poderosa actividad

de Jesús, que llega hasta los no judíos: esto ha provocado una oposición considerable de las autoridades religiosas. En este contexto, los discípulos demuestran muy poca clarividencia sobre lo que ocurre, hasta el extremo de que Jesús les ha de decir: «Y aún seguís sin entender?» (Mc 8,21).

La actuación de Pedro es intrigante: él es quien da la respuesta correcta a la cuestión que Jesús ha formulado a sus discípulos y, al mismo tiempo, es quien presenta objeciones sobre el destino del Mesías que ha presentado Jesús. Él es el primero que formula el escándalo universal de la fe cristiana. «Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1Cor 1,23).

Jesús, cuando habla del destino del Mesías, entiende que este es el misterioso plan de Dios; los hombres no lo pueden comprender. La objeción de Pedro proviene del sentido común, de la manera lógica de pensar desde la perspectiva humana, pero Jesús presenta la perspectiva de Dios, que lleva a la gloria de la Pascua después de haber pasado por el Gólgota.

JOAN FERRER

D. 25 del tiempo ordinario

1 lectura: Sabiduría 2,12.17-20

Lo condenaremos a muerte ignominiosa.

La primera parte del libro de la Sabiduría contiene unas profundas reflexiones sobre el justo y la justicia. La justicia va más allá de una realidad política y social; es un valor que comprende todos los ámbitos de la existencia: la relación de la persona con Dios, el hecho de guardar la Ley, el compromiso para con el bien común. La vía de la justicia es, pues, un camino sapiencial.

Los malvados no pueden soportar al

justo ni su vida porque llevar una vida recta comporta desenmascarar a los injustos, poner en evidencia sus trampas. El malvado es aquel que vive sin Dios porque está convencido de que Dios no hace nada, por esto piensa que puede actuar impunemente contra la vida del justo.

Dios siempre vindica a sus justos. Recordemos el silencio de Dios del viernes santo y el estallido de la Pascua.

2 lectura: Santiago 3,16-4,3

Los que procuran la paz siembran la paz, y su fruto es la justicia.

Este pasaje de la carta de Santiago contiene unas reflexiones sobre la manera que tiene la sabiduría de manifestarse a sí misma. En nuestro tiempo solemos entender que la sabiduría es una cualidad que se manifiesta en el discernimiento, en el conocimiento acompañado de un juicio cuidadoso; se entiende que es una realidad de carácter más bien intelectual. La carta de Santiago entiende que para detectar la sabiduría no hay que examinar principalmente lo que la persona piensa o dice, sino cómo vive la persona.

La «sabiduría que viene de arriba» en el lenguaje de nuestro tiempo estaría relacionada, más bien, con la integridad, la unidad de pensamiento y acción. La idea es que la acción nos muestra

los síntomas de la sabiduría interior de una persona: «Pura, amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera». «Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia».

El fruto de la falta de sabiduría son «las guerras y las contiendas entre vosotros». Todo deseo que no sea de sabiduría y de justicia acaba llevando a la destrucción: «Codiciáis y no tenéis, matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada; os combatís y os hacéis la guerra».

La experiencia cristiana lleva siempre a pedir al Padre aquello que necesitamos para una vida de sabiduría y de justicia.

3lectura: Marcos 9,30-37

Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos.

El evangelio según Marcos siempre nos suele sorprender. Los discípulos tienen siempre un papel bien singular: Jesús les da instrucciones especiales, les concede el privilegio de compartir momentos íntimos en su ministerio, pero ellos suelen quedar más bien mal: dicen cosas inadecuadas, alejan a los niños de Jesús, están nerviosos cuando deberían dormir y duermen cuando deberían sentir angustia. Constantemente entienden mal lo que Jesús enseña y hace.

El hecho, no obstante, es que los discípulos con mucha frecuencia son espejos donde los lectores del evangelio se ven ellos mismos reflejados. Sus fracasos y falta de comprensión tipifican los comportamientos de las generaciones futuras, que tienen más en cuenta las cosas humanas que las divinas. Si esto nos desanima, hemos de recordar que fueron precisamente estos discípulos los que después de la resurrección del Señor fueron reclamados para emprender una nueva tarea al servicio del Evangelio de su Señor.

El pasaje del evangelio de hoy nos presenta la segunda de las predicciones de la pasión de Jesús, que va seguida de una serie de instrucciones sobre la condición de discípulo.

Vemos que después del fracaso –«no entendían aquello»– pueden compartir «en casa» un tiempo de intimidad y de

enseñanza con Jesús. Señalemos que lo que Jesús enseña no son verdades generales para multitudes, sino que es un conocimiento destinado a personas que han sido llamadas y a las cuales se les ha encomendado una misión singular.

Los discípulos encuentran que el mensaje de Jesús es desconcertante: por segunda vez les ha hablado de su destino en Jerusalén. No han entendido nada y ni se atreven a preguntar. Por si esto no bastase han estado discutiendo por el camino quién sería el primero de entre ellos. Es evidente que esto les ha de avergonzar, porque aunque no hayan entendido nada, pueden suponer que «ser el más importante» no tiene nada que ver con lo que Jesús quiere.

Al final recibimos una lección sobre el servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Aquí el concepto de grandeza es redefinido completamente. Jesús propone nuevas categorías para determinar el éxito o el fracaso, la ganancia y la pérdida. En el episodio del niño no se destaca la inocencia o la confianza, sino el estatus ínfimo de los niños en tiempos de Jesús, que se encontraban siempre sometidos a la autoridad de los demás y sin derechos. Aquí se forja una cadena de relaciones: acoger a un niño en nombre de Jesús es acoger a Jesús; acoger a Jesús es acoger al mismo Dios.

JOAN FERRER

D. 26 del tiempo ordinario

1 lectura: Números 11,25-29

¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo fuera profeta!

El libro de los Números recibe el nombre del censo —el número de personas— del pueblo de Dios recogido en las primeras páginas del libro. Israel ha sido liberado de la esclavitud de Egipto y, bajo la guía de Moisés, hace camino por el desierto hacia la Tierra Prometida.

Aquí leemos un fragmento de Moisés en que muestra la acción del Espíritu de Dios en el pueblo de Israel. Moisés, después de que Dios haya entregado él mismo los diez mandamientos al pueblo, es la única persona que habla con Dios, y su mediación se realiza en la niebla de la nube. Él solo no puede abarcar la tarea de gobierno de un pueblo tan numero-

so, de manera que Dios toma parte del Espíritu que tiene Moisés y lo reparte a los setenta ancianos, que constituyen el consejo de gobierno del pueblo de Dios. Estos hombres inmediatamente experimentan la fuerza del Espíritu. Incluso dos hombres que no se habían acercado a la montaña participan también del Espíritu. El joven Josué, celoso del papel y la misión exclusiva de su maestro, va a explicarlo a Moisés, y este le hace una recriminación que es un deseo para todo un pueblo llamado a ser pueblo de Dios: «¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!».

2 lectura: Santiago 5,1-6

Vuestra riqueza está corrompida.

La carta de Santiago va aleccionando sobre lo que ha de ser el estilo de vida cristiano. El fragmento que hoy leemos contiene una de las invectivas más duras de toda la sagrada Escritura contra la riqueza injusta. El autor entiende que el abuso de los ricos en perjuicio de los más pobres representa el ejemplo más dramático de arrogancia y de traición de la propia responsabilidad en relación con la justicia.

Santiago les invita a anticipar ya desde ahora el lamento por la sentencia que les espera y a la que se dirigen inevitablemente. Usa el lenguaje de los grandes profetas del Antiguo Testamento y

la forma de la invectiva con una vehemencia extraordinaria.

Aquí los ricos no son juzgados propiamente por su actitud social sino por la religiosa: manifiestan una soberbia que los contraponen como impíos a los justos pobres y humildes. El autor reivindica en nombre del Señor del universo los derechos de los pobres y oprimidos y les asegura con certeza que su perseverancia en la justicia no quedará sin recompensa por parte de Dios.

El clamor de los oprimidos llega a oídos del Juez justo: la causa formal no es la riqueza en sí, sino el egoísmo injusto y opresor con que la han usado. La razón

del juicio temible que espera a los ricos egoístas es el jornal defraudado, que provoca en los pobres el grito del llanto y del sufrimiento. La metáfora que usa es contundente: «Os habéis cebado para el día de la matanza». El justo

—como los pobres de Dios en el Antiguo Testamento y como el Siervo de Dios de Isaías— ha sido fiel y de condición dócil: ha sufrido la injusticia sin responder con violencia a la violencia, porque confía solo en la justicia que viene de Dios.

3lectura: Marcos 9,47-48

El que no está contra nosotros está a favor nuestro.

El pasaje del evangelio según Marcos que proclamamos hoy parece que refleja alguno de los problemas de la comunidad. En primer lugar, la cuestión que Juan plantea a Jesús sobre un exorcista desconocido. Después hay una frase que habla de la recompensa que obtendrá quien acoja a los discípulos de Cristo. Seguidamente está la seria advertencia sobre «el que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen», seguida sobre advertencias sobre partes del cuerpo de cada persona que hacen caer en pecado. El texto es bastante desconcertante.

Señalamos que hay una cierta ironía en el hecho de que los discípulos quieren prohibir la acción de un exorcista desconocido, teniendo en cuenta que se acaba de explicar (Mc 9,14-29) el fracaso de los mismos discípulos para echar un mal espíritu del cuerpo de un muchacho. Los discípulos manifiestan un cierto exclusivismo: los de fuera les hacen sombra.

Jesús les da a entender que los discípulos han de alimentar el don de la gentileza y de la generosidad. Todo aquel

que manifieste por los caminos de la vida gentileza y generosidad para con ellos recibirá una recompensa. Los discípulos han de saber actuar de la misma manera.

En la segunda parte del pasaje, la miscelánea de dichos presenta una perspectiva de gran autocrítica. En lugar de preocuparse por el ministerio de los forasteros, los discípulos son dirigidos a reflexionar sobre su propio estilo de vida y de ministerio. ¿Alguna de las cosas que ellos dicen o hacen puede ser un obstáculo para los jóvenes de la Iglesia o para los nuevos creyentes? Después, con metáforas muy intensas, los discípulos son urgidos a examinarse a sí mismos para determinar si hay características de sus vidas que impidan un servicio sincero a Dios. Las imágenes de la automutilación, el infierno y el gusano que nunca muere son símbolos poderosos que piden pararnos a pensar. Hay que darse cuenta, no obstante, de que nos hallamos en el mundo de la metáfora, que tiene como fin hacer pensar; pero no hay que perder de vista que el objetivo último es el Reino, que es don de Dios.

JOAN FERRER

D. 27 del tiempo ordinario / B

1 lectura: Génesis 2,18-24 Y serán los dos una sola carne.

Estamos ante la segunda narración de la creación del libro del Génesis. Después del solemne relato del capítulo primero, estructurado en un marco de siete días y en el que Dios, por la Palabra, crea toda la realidad; el capítulo segundo tiene una perspectiva diferente. Aquí Dios actúa como un alfarero que modela con arcilla a todos los seres de la creación. El hombre es capaz de dar nombre a la realidad creada por Dios, pero no puede encontrar nada

que sea capaz de ayudarlo y de hacerle compañía.

Es por iniciativa divina que Dios toma una parte del hombre para hacerle una compañera que pueda llenar la necesidad de ayuda y de compañía que experimenta. Solo entonces reconoce con un grito de entusiasmo que hay alguien que es verdaderamente como él con quien poder compartir la vida y llenarla de sentido. Y es don del Dios creador.

2 lectura: Hebreos 2,9-11 El santificador y los santificados proceden todos del mismo.

La carta a los Hebreos es una espléndida y compleja homilía cristiana. En el fragmento que nos ofrece el leccionario de hoy hallamos una reflexión hecha a partir del salmo 8 que lleva al autor a ver el plan de Dios: Jesús, que era el Hijo, fue rebajado y hecho por un tiempo inferior a los ángeles, mensajeros de Dios, que le son próximos; pero este movimiento de descenso fue seguido de otro de ascenso a Dios: «Lo vemos ahora coronado de gloria y honor». Esto se ha producido para que se cumpliera el plan misterioso de Dios, que es motivado por el amor: «Por la gracia de Dios, ha padecido la

muerte para bien de todos». El sentido de este movimiento viene dado por la voluntad salvífica de Dios que quería «llevar a una multitud de hijos a la gloria». Aquí está la voluntad misteriosa de Dios—«juzgó conveniente»—que pasa por los caminos misteriosamente humanos del sufrimiento, que se convierten en una «consagración» sacerdotal que permite que Jesús haga de mediador definitivo ante Dios. El beneficio para la humanidad es increíble: hemos recibido el privilegio de ser llamados «hermanos» de Jesús.

3 lectura: Marcos 10,2-16 Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

El evangelio de hoy nos presenta la enseñanza de Jesús sobre el divorcio y

casarse de nuevo. En un mundo como el nuestro donde hay tantas personas

cristianas que se han divorciado y vuelto a casar, un texto como este hace abrir heridas antiguas y hurga en sentimientos de fracaso.

Hemos de señalar que Jesús es cuestionado por los fariseos sobre el divorcio, pero él se pone a hablar del matrimonio. El divorcio era un hecho aceptado por los judíos en tiempo de Jesús, lo que ocasionaba discusión eran las causas que permitían que un hombre –no una mujer– se divorciara. Los fariseos esperaban que Jesús tomara partido (en la interpretación del Deuteronomio 24,1) por una de las dos grandes escuelas de la época: la de Shammai, estricta, o bien la de Hillel, permisiva.

La cuestión sobre si «es lícito» es invertida por Jesús, que contrapone Deuteronomio 24 a Génesis 1–2: antes de la formulación de la ley está la historia de la creación; más antiguo que la legalidad del divorcio es el matrimonio. La punta del texto es la afirmación del matrimonio como proyecto para toda la vida de dos personas en una unión profunda en «una sola carne». Incluso padres y madres han de ser abandonados para que se pueda realizar esta nueva relación, que es atribuida a la voluntad del mismo Dios. Jesús hace aquí una interpretación realmente atrevida: la ley dada por Moisés ha de ser leída con otra luz.

Antes de debatir sobre las posibles causas del divorcio, los fariseos han de entender que el matrimonio es un don de Dios que se remonta a la creación: este es el proyecto original de Dios. Otra cosa es que exista la «dureza de corazón» –en tiempo de Moisés y hoy– que

lleva a los divorcios.

Después de este debate la narración evangélica nos presenta la bella historia de Jesús y los niños, que nos enseña algo sobre la importancia de los niños y sobre la naturaleza del Reino de Dios y, también, sobre los matrimonios, los que triunfan y los que fracasan.

Señalemos que Jesús dice que «de los que son como ellos es el reino de Dios». En el mundo antiguo los niños no tienen estatus ni derechos, y son considerados un estorbo. Pero Jesús piensa de manera diferente: la voluntad de Dios se realiza en personas que son como los niños: que no tienen poder, que son vulnerables, débiles y que a menudo son considerados un estorbo.

La observación «el que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él» nos dice que los niños son un ejemplo de aquellos para los cuales el reino está pensado, y que su manera de recibirlo será modelo para los adultos. El peso de la afirmación recae en el verbo «aceptar» y no en la inocencia de los niños. Jesús no habla de una característica idealizada de los niños, sino de la recepción del Reino por parte de personas sin poder, sin pretensiones y sin demandas. El Reino de Dios viene como gracia pura e inesperada a personas que se encuentran por los caminos de la vida. Esta imagen formidable de los niños, rechazados en el mundo antiguo, que son queridos y bendecidos por Jesús, ofrece apoyo tanto a los que viven felices en el matrimonio como a los afligidos por la separación.

JOAN FERRER